

ANTONIO MONTALVO

MUSEO RAMÓN GAYA

28 diciembre 2021 - 30 marzo 2022

Portada

Erika. 2019

Óleo sobre papel. 20 x 16 cm

La rama de algodón. 2019

Gouache sobre papel. 22 x 37,5 cm



Contemplar y dar lo contemplado

Antonio Montalvo vive en Granada, en el barrio del Realejo. Allí hace vida sencilla junto a su mujer –también pintora– y sus dos hijos, Samuel y Julia. La casa está en un orden impecable, llena de libros y cuadros. Antonio e Irene pintan en un estudio a escasos minutos de casa, en una plaza frente al antiguo convento de los dominicos Santa Cruz la Real. En la fachada del convento, escrito en piedra, hay un lema que suele repetir Antonio: *contemplar y dar lo contemplado*. En verano viajan al cercano pueblo de Belicena y en contadas ocasiones visitan otras ciudades para ver alguna exposición o pintar del natural.

Al llevar a los niños al colegio, Antonio pasa por la calle Santiago. Una mañana de primavera, en el escaparate de una floristería, vio unas ramas de algodón que pasaron a uno de sus cuadros. «Si busco el tema no consigo nada. Lo que encuentro es más hermoso que lo que busco». Antonio se tiene que enamorar de un tema para pintarlo. Como se enamoró de otros objetos encontrados: una canastilla y un mueble abandonado en el nuevo estudio; un huevo blanco de la pollería que hay en su plaza, porque «en ningún supermercado hay huevos blancos, solo aquí se encuentran»; un higo de la higuera del patio de Belicena; una calabaza rota...

«¿Cómo no hay nadie que quiera pintar estas cosas?».

Recuerda Montalvo que pintó por primera vez una calabaza con dieciocho años, con su maestro Manuel Beltrán. De Beltrán conserva aún la paleta de colores: ocre amarillo, tierra siena y sombra, verde esmeralda, ultramar oscuro y carmín de granza sólido oscuro. Recuerda también las sesiones que pasaron juntos o en el campo, pintando a la intemperie: «Recuerdo todo. De lo demás no recuerdo nada», dice el pintor. Cuando dice “lo demás”, se refiere a la etapa en que trabajó a partir de referencias fotográficas: «El vínculo con los temas hechos de foto no existe». Al volver a pintar del natural, Antonio Montalvo siente que ha recuperado una relación de intimidad con lo que le rodea: «Es una manera de que no se te escape la realidad».

Y este encuentro, o reencuentro con la realidad, se inicia con la *Cabeza de albina*, el boceto monocolor que abre la exposición. El pintor quiere estar frente al motivo, sentirlo, olerlo, tocarlo. Sin salir de su barrio, encontró a una chica albina, en la sede de la O.N.C.E. Sabía que algunas personas con albinismo padecen alteraciones visuales y que allí podría encontrarla. La chica posó para Antonio, después la noticia corrió por la sede y la madre de otra chica también

albina escribió a Antonio para que su hija posara para él. En la primera sesión, la chica apareció con su novio; después fue sola.

Del barrio también es Erika, una vecina enfermera que posa de espaldas y nos recuerda a Vilhelm Hammershøi.

También se enamoró del motivo y encontró el tema en una cafetería donde vio a «la mujer más pictórica que he conocido en mi vida. Me recordó a una de *Las dos hermanas* de López Mezquita. ¡Qué melancolía arras-traba!». Le escribió para preguntarle si quería posar para él, y ella accedió.

En Belicena, en agosto, Antonio pinta a Irene embarazada de ocho meses. Aparece de perfil: «La postura surge sin más. No es un plan preestablecido».

La mayoría de los paisajes que pinta Antonio son los de su infancia. Moreda es el pueblo paterno. En las vacaciones de Navidad recogía aceitunas en el olivar familiar. Incluso un día 24, Nochebuena, se les hizo de noche en la cooperativa. Volvió hace poco a pintar una vista con unos pocos olivos entre Píñar y Moreda. «He cruzado esta comarca centenares de veces para co-ger la aceituna; aún no me explico cómo he tardado tanto en plantar allí el caballete». Los pintó con frío. Al igual que pintó «helado de frío» La *Fuente del hervidero*, el



Antonio Montalvo en su estudio del Realejo

Foto de Irene Sánchez



punto más bajo en que suele haber nieve en Granada.

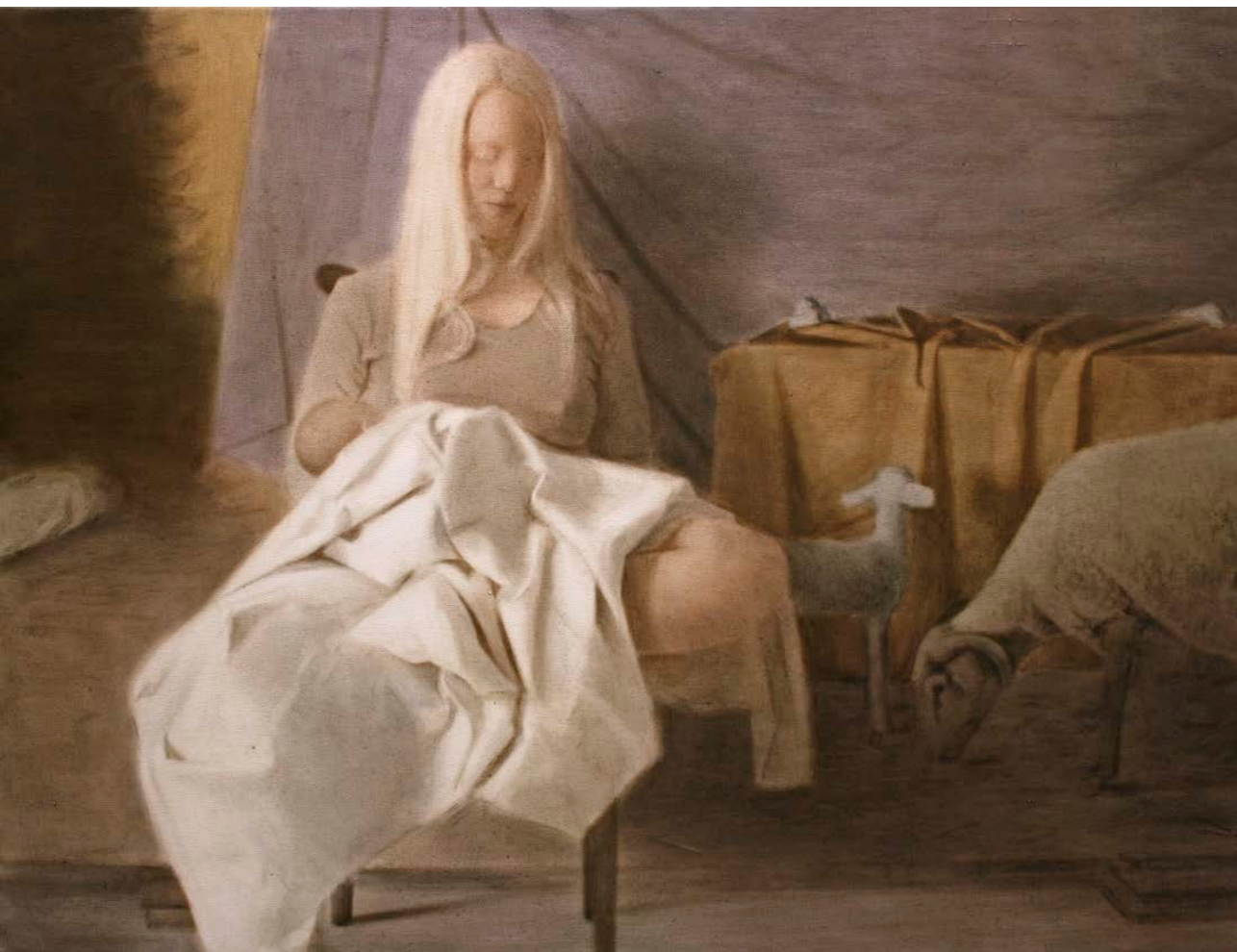
Montalvo, herido de melancolía, se consuela –y nos consuela– con la belleza, serena o desasosegante, de los seres, los paisajes y las cosas que le rodean.

De la etapa anterior dice: «perdí el tiempo. Pero era necesario perderlo». Necesitaba atravesar el mundo para desembocar en la vida. Pocos pintores llegan a esa conclusión.

El Museo Ramón Gaya abre con esta exposición una nueva etapa donde pretende encontrar pintores que estén haciendo su obra hoy para establecer un diálogo con ellos. Hasta la fecha no se ha realizado ninguna muestra completa de un pintor vivo. Es una prioridad apasionante para el Museo abrir camino: «pues la acción ética por excelencia es abrir camino», escribe María Zambrano. Encontrar pintores vivos silenciosos, afinados con la voz de Ramón Gaya, en igual o parecida melodía, y que anden su obra en la contemplación gozosa de la realidad y la vida. Es nuestro deber ser capaces de mostrar y ofrecer ejemplos vivos, no sólo en aquellos artistas consagrados que ya señaló Gaya, sino también en artistas contemporáneos. Porque si somos capaces de ver lo que Ramón Gaya señaló en el pasado, debemos ser capaces de verlo también en quienes nos rodean. Y este, a nuestro juicio, el mejor legado que podemos ofrecer al Museo y a la ciudad de Murcia: ser un lugar de referencia de pintura.

Rafael Fuster

CATÁLOGO



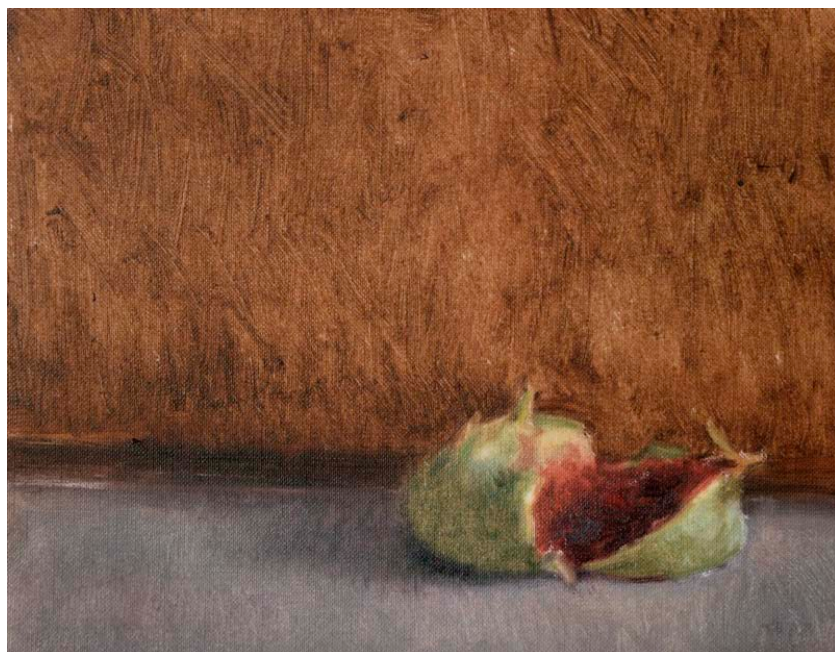
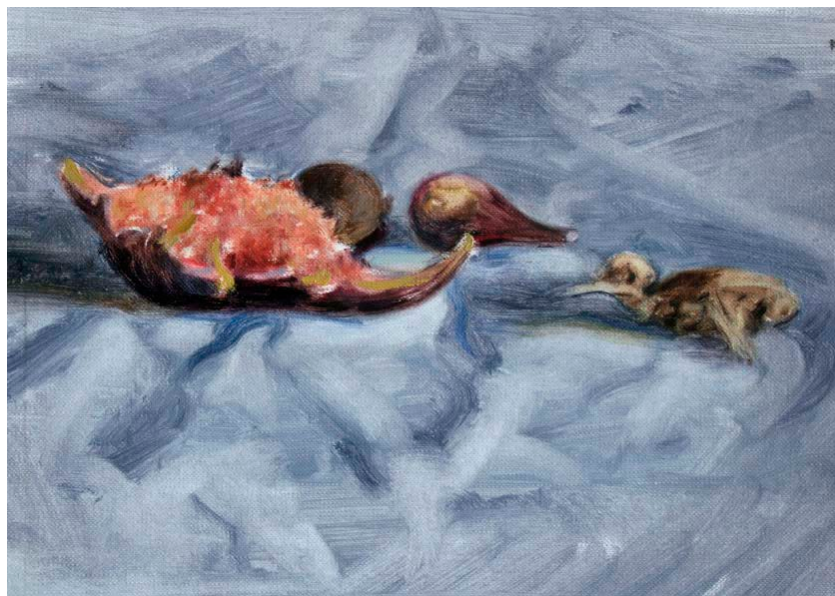
La visita. 2021
Óleo sobre lienzo. 97 x 130 cm



Boceto para La visita. 2021
Óleo sobre lienzo. 22,5 x 17,5 cm



Boceto para La visita. 2021
Óleo sobre papel. 50 x 65 cm





Gorrión muerto. 2020

Óleo sobre papel 18,5 x 23,5 cm

El higo. 2020

Óleo sobre papel 18,3 x 23,5 cm

La calabaza rota. 2021

Tinta sobre papel 17,7 x 21,5 cm



Oveja ahogada. 2020
Óleo sobre lienzo. 50 x 61 cm



Pellón. 2019
Guache sobre papel. 24 x 39,5 cm



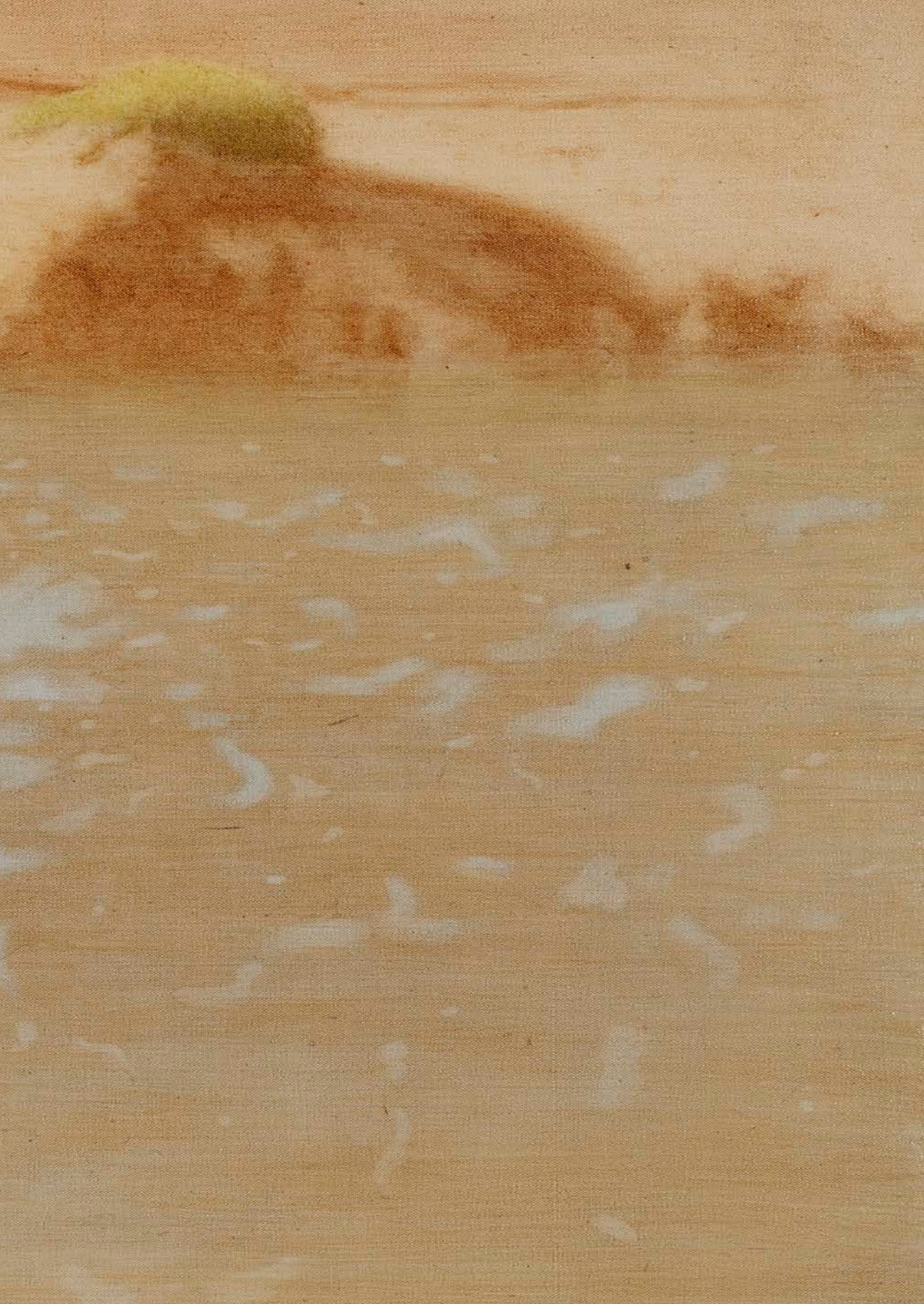
Píñar. 2021

Tinta sobre papel 18 x 23,5 cm



Encinas. 2021
Tinta sobre papel. 23 x 30,7 cm

El río. 2021 >
Óleo sobre lienzo. 64 x 92 cm





El huevo. 2021
Óleo sobre lienzo. 50 x 61 cm

Irene embarazada. 2020
Óleo sobre lienzo. 73 x 60 cm

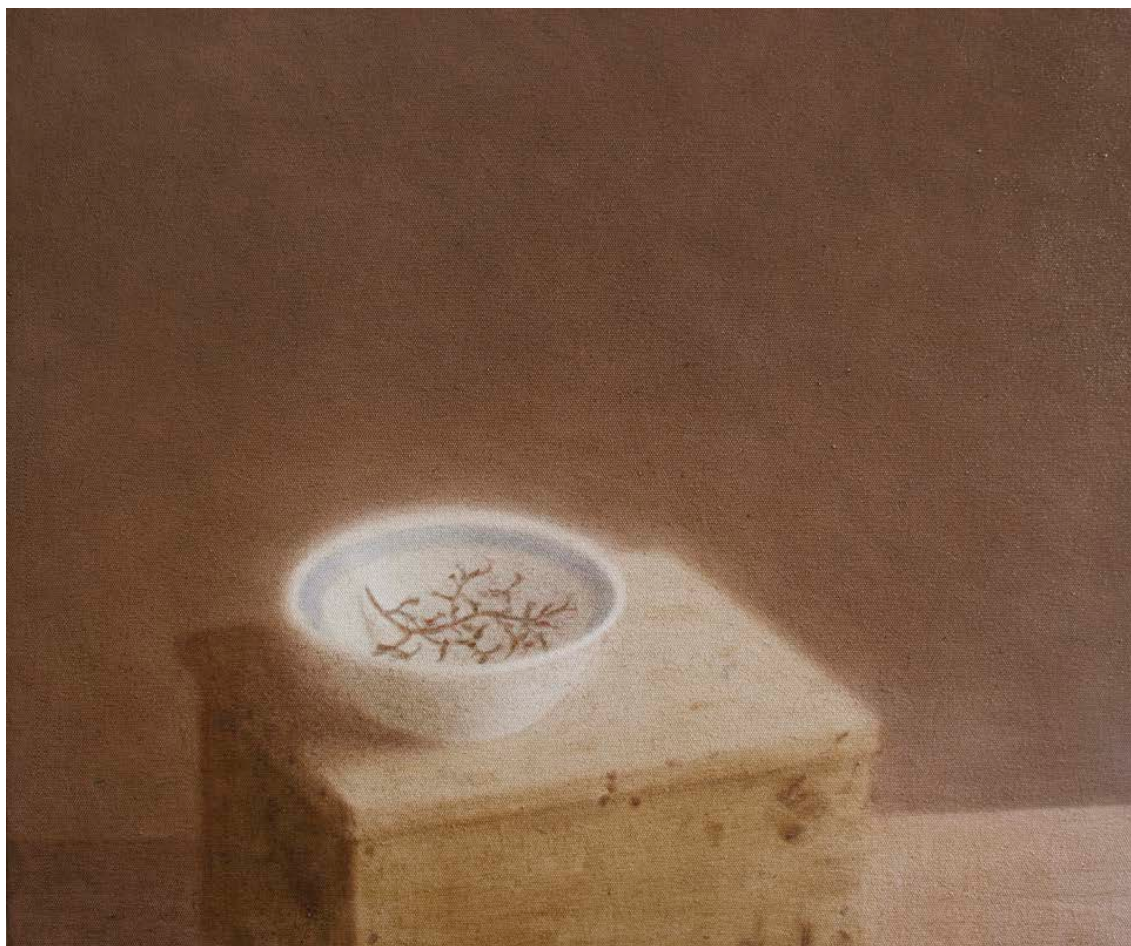


El raspón. 2021

Óleo sobre lienzo. 45,5 x 55 cm

Canastilla. 2021

Óleo sobre lienzo. 61 x 50 cm







Fuente del hervidero. 2019
Óleo sobre lienzo. 22 x 33 cm



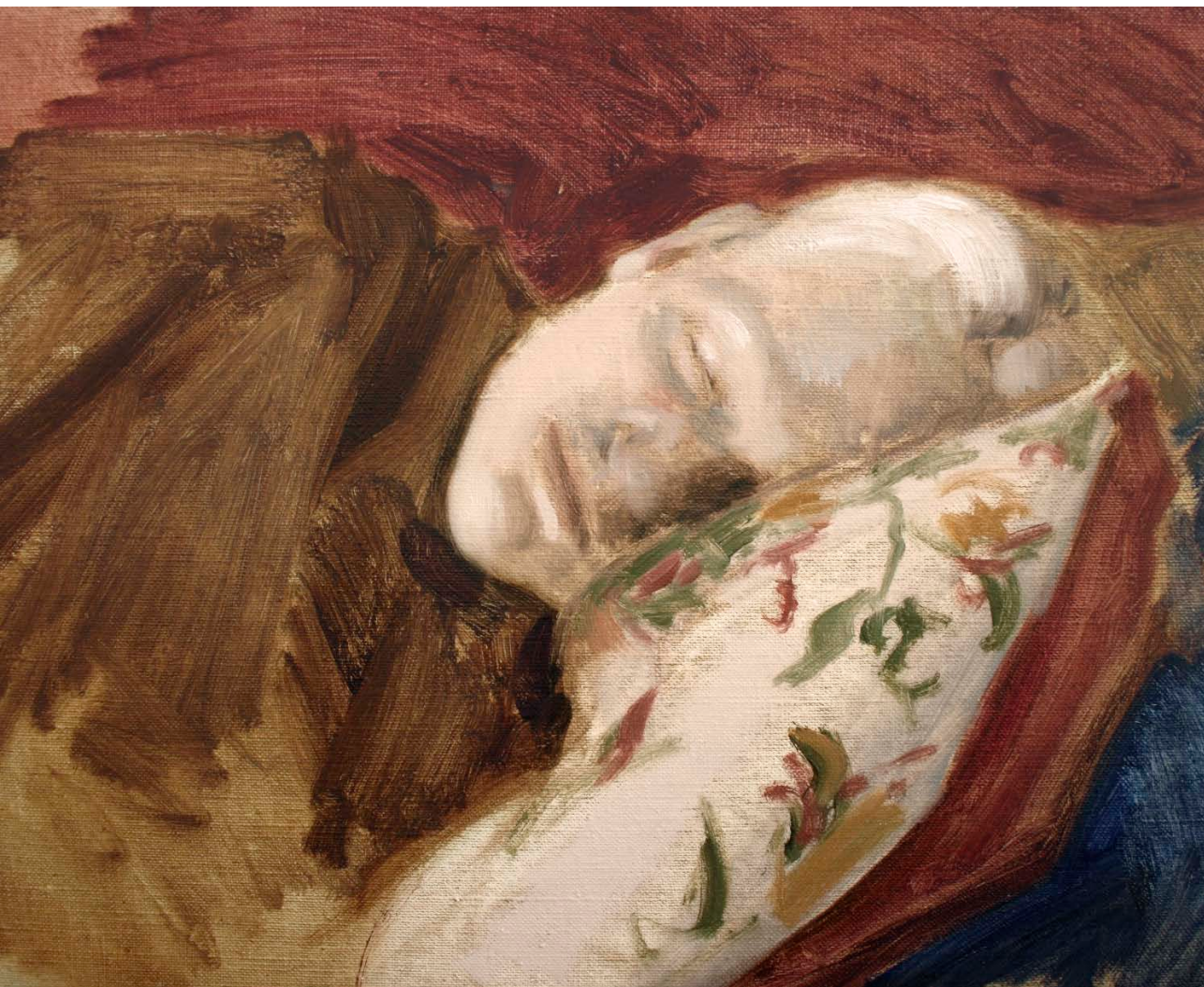
Santomera. 2019
Óleo sobre lienzo. 19 x 24 cm



Cortijo. 2021
Óleo sobre lienzo. 19 x 27 cm



Flor del ojo. 2021
Óleo sobre lienzo. 27 x 41 cm



Karen dormida. 2021
Óleo sobre lienzo. 33 x 41 cm

La infinita realidad

Nuestro primer encuentro fue, por mediación del pintor Rafael Fuster, en la plaza de los caracoles del Albaicín, en Granada, una mañana divina de primavera. Escuchándole descubrí que, por inteligencia y sensibilidad, Antonio había huido enseguida, en la primera juventud, de la mentira del mundo, entendido como sociedad, y vivía protegido, aparte, en el mundo del arte. Me habló de pintura y de libros, me dio algunos nombres y obras que yo desconocía, y confesó que prefería un árbol en una pintura al que nos daba sombra en aquella plaza.

Después hubo un segundo encuentro en Murcia. Cenamos una noche suave de verano en una terraza, en una de nuestras hermosas plazas, y tomamos después una copa en algún bar. En la barra, me confesó que, aunque le iba bien –tenía una galería en Madrid y se vendían sus obras– le costaba ir al estudio cada mañana, sentía como un peso la obligación del trabajo, tener que hacer porque sí un nuevo cuadro. Llamado a la vida, el pintor estaba descubriendo las limitaciones claustrofóbicas que acaba provocando el mundo cerrado y asfixiante del arte a todo aquel que, como él, viene con silencio y verdad dentro.

Nuestro tercer encuentro ha sido esta primavera en Granada. Hemos paseado despacio por el milagro de la Alhambra y el Generalife, al aire libre, al sol, gozando con asombro de tanta belleza. Antonio camina ahora ligero: ha dejado atrás el mundo, tan hostil; y también el mundo del arte, tan claustrofóbico; y ha desembocado, como era de esperar en un pintor verdadero, en la vida, en el aire libre, en la infinita realidad. Lo observaba acompañando al poeta José Rubio por aquellos jardines, entre el rumor continuo del agua: caminaban ambos relajados y alegres, sin haber perdido su fino fondo de melancolía. A la sombra de unas enredaderas, entre amigos, hablamos de Ramón Gaya y de José Jiménez Lozano. En ellos ha encontrado el pintor lo que él lleva dentro, en lo más hondo de sí, lo que será en adelante la carne de su pintura: una melancolía incurable, nacida de nuestra condición trunca y mortal, y, del venero de esa herida, un sentimiento especialmente intenso del vivir, un hondo consuelo y alegría, alegría ante la asombrosa belleza del mundo.

Ángel Pardo

Primavera de 2021

EXPOSICIÓN ANTONIO MONTALVO

AYUNTAMIENTO DE MURCIA

Alcalde

José Antonio Serrano Martínez

**Concejal Delegado de Cultura,
Turismo y Deportes**

Pedro José García Rex

Director artístico**Museo Ramón Gaya**

Rafael Fuster Bernal

Gerente administrativo

Gustavo José García Muñoz

EXPOSICIÓN

Comisario

Rafael Fuster

Coordinación

Isabela Antón Ortín

Gestión

Ana Álamo Vergara

Inmaculada Guarinos Cutillas

Administración

Ana Martínez Nicolás

Transporte

Baltasar Cornejo Flores

Montaje

Adimur

CATÁLOGO

Fotografía de la obra

Galería Espacio Mínimo

Javier Salinas

Fotografías del pintor

Juan Carlos Caval

Irene Sánchez

Texto

Rafael Fuster

Ángel Pardo

Diseño

Museo Ramón Gaya

Maquetación

Pepe Reina

Imprime

Pictocoop

D.L.: MU 26-2022

AGRADECIMIENTOS

Cortesía del artista y Galería Espacio
Mínimo, Madrid

Colección Mirella y Dani Levinas

Antonio Montalvo

Ángel Pardo

Pedro Serna

Este catálogo fue presentado en ARCO, Feria de Arte Contemporáneo de Madrid, el 26 de febrero de 2022
en un acto organizado por el Museo Ramón Gaya del Ayuntamiento de Murcia,
en el que intervinieron Enrique Andrés Ruiz y Antonio Montalvo

